



Pero no leí más que hasta ahí. El resto, las páginas (bueno, folios, que las páginas del cuadernito eran tamaño folio) 11 y siguientes se quedaron para otro momento porque es cuando llamó el hombre del camión diciendo que mientras llegaba me podía ir a comprar lo que quisiera como le dije que se me habían terminado los cigarrillo, y como además allí decía que el resto lo podría leer en internet volví a ponerlo en la estantería y me dije que pues, bueno, ya leería las páginas siguientes cuando tuviese el microondas y me marché a cenar otra cosa que no fueran ni canelones ni lasaña no porque supiera que no querría volver a nombrarlos nunca más sino porque no pude calentarlos y no fue hasta bastante tiempo después que ya instalada al fin frente a mi ordenador pude acceder a la página y allí, en la caja de galletas justo debajo de la foto de una señorita que me acuerdo que se llamaba Norma Laber porque me pareció un nombre muy poco corriente, allí estaba otra vez la portada del cuadernito otra vez y, esta vez sí, me dije pues mira tú que bien que la leo y una cosa hecha que, así, tan inopinadamente me quito de en medio y a otra cosa.

Nadie caiga en la tentación, sin embargo, de imaginar que las cosas fueron tan deprisa o que... Pero recuerdo que estas mismas palabras ya las escribí, exactas, cuando antes de por no perder la tarde cruzada de manos igual que había perdido la mañana tropezando siempre con el dichoso letrero de que no se podía acceder a la página web me decidí, cansada, a sacarlos de uno en uno de la bandejita con una cuchara y freírlos — lo que me afianza en la idea de que se trataba casi con seguridad de canelones y no de lasaña — y, después de pelar la manzana y el café, me quité los guantes y me los volví a poner (aunque quizás fuese al revés) y me senté en el suelo a fumar porque no quería fregar — que me afianza en la idea de que lo último que hice fue quitármelos — y, por eso, porque me fastidia mucho repetirme tantas cosas como se pueden decir en la vida y una

como una tonta sin imaginación ninguna a repetirse como una tonta, no quiero decirlo otra vez aunque, porque eso sí lo tengo que decir para no confundir a nadie, nadie debería caer en la tentación de imaginar que las cosas fueron tan deprisa porque allí, en la portada de la caja de galletas debajo de la foto de la señorita de nombre que no se me olvida porque me acuerdo que me pareció muy poco corriente, me encontré, negro sobre blanco como suele decirse, lo que le había pasado a una tal Bárbara tía de alguien con la del microondas suyo y la transcripción de una conversación que, porque ella no quiso mantenerla porque le pareció que sería bizantina o no llevaría a ninguna parte pero, de haberla mantenido (que ya digo que dice que no la mantuvo y eso es lo que más me llamó la atención), hubiera podido mantenerla yo de no ser porque cuando volví del Wok me pareció tarde para llamar al del camión.

Mira, me fastidia repetirme pero ha vuelto a rimar.